

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Todos estos días, ya no sé desde cuándo, he estado medio mal. Desde la maldita gripa que me dio hace dos meses y que no se me acabó de quitar hasta hace una semana. Luego, el viaje a Veracruz. Esos días me sentí muy bien. Pero después, la tristeza, las náuseas, el malestar, el cansancio. Y no acabo de saber si son amibas o algo o es pura depresión. Porque a veces siento un desconuelo en el estómago y a veces en el alma. No sé si será una enfermedad *real*, del cuerpo, o si tendré salmonelosis del espíritu. Que en todo caso, aunque no sea lo mismo, da igual.

Y ahí me tienes, piense y piense, vigilando mis síntomas, que, hasta eso, no son tan graves. Buscando qué será, qué tendré. Si tengo bichos, me da horror

EL COLEGIO DE MEXICO

PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO DE ESTUDIOS DE LA MUJER

FINANCIAMIENTO PARA INVESTIGACIONES SOBRE LA MUJER 1989-1990

I. Becas para Tesis de Maestría y Doctorado

Requisitos

- Ser egresado de una maestría o doctorado
- Dedicar tiempo completo
- Tener un proyecto de investigación en etapa avanzada
- Presentar solicitud y proyecto de investigación antes del 31 de mayo de 1989

II. Proyectos de Investigación

- Estar adscrito a un centro de investigación
- Tener un proyecto de investigación en etapa avanzada
- Presentar
- Presentar solicitud y proyecto de investigación antes del 31 de mayo de 1989

Para mayores informes dirigirse al Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer

El Colegio de México, Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Santa Teresa, Apartado Postal 2007, 10740, México, D.F. Teléfono 568-60-33, extensiones 363 y 158. Entrega de solicitudes de 10:00 a 13:00 horas.

pensar en la lata y el *gasto* de ir a un doctor, que hágase unos análisis, tres en serie, y que tómesse metronidazol diez días. Mejor voy a tratarme, por lo pronto, con ajos crudos y té de hierbabuena. Quesque muy bueno. A ver.

O será un reacomodo de mi cuerpo ahora que estoy baile y baile sevillanas. Hace muchos años que no hacía nada de eso que llaman "ejercicio físico".

O serán síntomas de alarma. Signos de intoxicación, de tanto fumar. O de la contaminación.

O también puede ser, además, el famoso viaje a Veracruz. Estuvo divertidísimo, pero tal vez demasiado intenso. Eso de inventar la convención familiar. Veintitrés *guijosas* en el tren. Ese maravilloso y decadente hotel Mocambo de todas mis infancias. Esos cafechitos en la Parroquia, ese malecón con sus barcos. Ese mar. Y esa presencia fuertísima de nuestros viejos, que no vinieron pero sí vinieron, con nosotros, a la playa.

Yo creo que fue como un psicoanálisis, pero en vivo y en directo. Y para acabarla de amolar, luego, ver las películas de cuando éramos chiquitos. Mi papá. El viejo Chevrolet. Mis tías, con sus pañoletas. Mis abuelitos. Mi mamá, preciosa, en su luna de miel. Y yo, de bebé. Es el paso del tiempo, y la ausencia dolorosa de algunos, y tal vez un volverte a vivir de niña chiquita. Tan vulnerable, tan inocentita, tan protegida al mismo tiempo.

Y cómo te dan ganas de volver a estar aquí, segura, cargada, tan querida en los brazos de tu madre y en el ojo amoroso de tu padre, camarógrafo entusiasta e incansable con su *ocho milímetros*. Y cómo te da, también, horror. Y claro que no quisieras, ya nunca más, ser tan chiquita ni tan frágil ni tan dependiente. Qué bueno que ya creciste. Como que prefieres estar así, adulta. De mamá con tus niños. Aunque bueno, esas reuniones familiares *siempre*, yo creo, te regresan, te remueven, te caen de peso. Será la famosa nostalgia que le dicen.

Y esos mis primos y mis hermanos, que, además, son mis amigos. Tan cercanos. Son como espejos. Se me hacen tan conocidos, y de repente, tan nuevos. Y qué padrísimo, cuando, entre todos, reconstruimos

nuestras historias. La historia tuya y la de tu familia pero en unos pedazos que no conocías bien, y que la mirada de los otros te aclara. La visión de tus primos, desde afuera. Tus papás, pero vistos no como papás, sino como tíos. Tu casa de la infancia, lo que comías, pero visto desde los ojos de los sobrinos de visita. El armar todos juntos la personalidad borrosa de los abuelos. Ver tu propia imagen tan diferente, tan sorprendente, que te dan tus hermanos con sus recuerdos que no son los tuyos.

Y claro, todo ese extraordinario sentido de pertenencia. De orgullo. De tener raíces tan vivas y tan fuertes. *Bendita sea la rama que al tronco sale.* Somos tantas ramas y hojas, compartiendo una gran herencia. Tan queridos todos, todos con broncas, pero todos valientes, todos guapos, todos generosos. Y todos tan *de confianza.* Con quienes puedes platicar tan a gusto, con quienes cantas lo que todos se saben, y que te entienden sin mucho trabajo, y que si no te entienden, discutes, lloras, gritas, y no importa, porque los quieres igual.

Si. Esos tres días fueron como *utopía.* Tal vez lo terrible es el regreso, la separación. Es como crecer. Cada quien a su casa. Que también te urge, porque ya estás un poco harta, porque vivir todos juntos, Dios nos libre. Nadie soportaría.

Esas pequeñas vacaciones idílicas, de dos pandillas —de adultos y de niños—, llenas de risas y de desma-

dre, de guitarra y de bailes y de vino y de pláticas interminables, de confidencias en pijama, de mesas enormes, con fiestas —como si fuera navidad— en cada comida y en cada desayuno, yo creo que se parecen a aquellos viajes de la adolescencia, como de retiro espiritual o de campamento de la escuela o de colonias de vacaciones. Siempre regresabas exhausta y feliz, llena de amor, atesorando secretamente alguna nueva amistad o algún tremendo descubrimiento sobre ti misma o sobre los demás. Y después, al vivir de nuevo la vida cotidiana, extrañas todo eso. Te sacas de onda. Como que todo te parece poco.

En fin, no me acabo de entender. Porque también creo, francamente, que no es para tanto. Ya pasaron tres semanas. . . O será también, ahorita estoy pensando, que estoy muy afectada porque *ahora sí* ya decidí dejar de fumar. El martes empiezo. Tal vez estoy con espíritu de duelo, de despedida. Maldito cigarro, es peor que si fuera mi marido o mi padre. Qué trabajo me cuesta esa separación.

He de estar asustada. Otra vez, como haciendo solitos. Pero si pude aprender a manejar a los treinta y cinco años, que es lo que más miedo me daba en el mundo y que yo creía algo imposible, he de poder con la fumada. Como digno festejo de mis cuarenta, ¿no? Total, esa mi autoimagen de Marcela-fumadora puede cambiar. Como ha cambiado ya, en otras cosas, tantas, tantísimas veces. 

Atamos

el tiempo



1939  1989

para que usted

**VIAJE A
TRAVÉS DE
SUS PAGINAS**

NOVEDADES



LA CULTURA DE LOS ÁRABES
Ikram Antaki

*TODO LO SÓLIDO SE DESVANECE
EN EL AIRE*
La experiencia de la modernidad
Marshall Berman,

LA MADRE DEPRIMIDA Y EL NIÑO
Anne Bar Din

PSICOANÁLISIS Y REALIDAD
Homenaje a Armando Suárez
Armando Suárez (coord.)

*LOS EMPRESARIOS ANTE EL ESTADO
Y LA SOCIEDAD*
René Millán